



www.loqueleo.com

No es fácil ser Watson

© Del texto: 2010, Andrea Ferrari

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-08-6

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfin Ltda.

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: abril de 2015

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

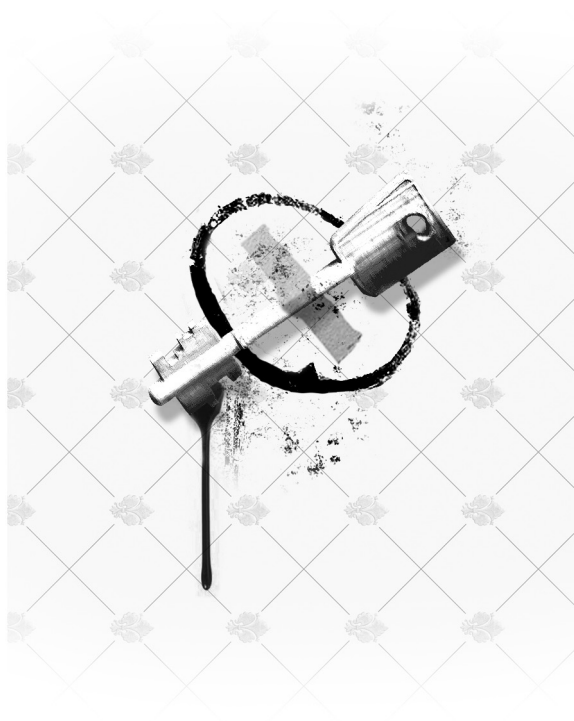
Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

No es fácil ser Watson

Andrea Ferrari



loqueleg

No sé para qué o para quién escribo esto, pero ahora que estoy decidido no me importan los motivos: tengo que hacerlo rápido, antes de olvidar las múltiples vueltas de este asunto. Si llega el momento de que este relato se haga público, va a ser necesario, por supuesto, cambiar nombres y eliminar detalles para ocultar quiénes somos. Él no me perdonaría si no lo hiciera. Pero hasta que eso suceda, voy a contar todo tal cual lo recuerdo, incluso los aspectos que no me dejan muy bien parado. Lo que me propongo es hacer un retrato de esta extraña historia tan preciso como mi memoria lo permita.

Fui yo quien sugirió la idea cuando el caso había terminado.

—Habría que escribirlo —dije—, poner en palabras de alguna manera este asunto en el que nos metimos.

—Hacelo, si querés —me contestó sin darle mucha importancia.

—¿Yo? Más bien pensaba que lo hicieras vos: finalmente fuiste quien estuvo más...

Negó con la cabeza sin dejarme terminar.

—No tengo tiempo. Y, además, no hay duda de que lo tenés que hacer vos, Watson. Es una cuestión de coherencia literaria.

8

Odio cuando habla como un libro.

—¿Qué?

—Coherencia literaria —repitió, como si mi problema fuese auditivo—. En los libros de Conan Doyle es Watson el que relata las aventuras de Holmes. Y vos sos Watson.

Sí, yo soy Watson. Es decir, el segundón. El que permite que Sherlock se luzca. El que tarda en entender las cosas. No es fácil ser Watson, eso puedo asegurarlo: uno se siente un idiota la mayor parte del tiempo. Pero eso es otro asunto. Vamos a los datos, como diría el auténtico Holmes. Los datos son lo esencial: no se puede hacer ladrillos sin arcilla y todo eso. Son tantas las veces que escuché esas frases que ya me aprendí varias de memoria.

Esta historia empezó un lunes a la tarde. Yo había ido a la casa de Sherlock para que estudiáramos matemática (en fin, voy a ser sincero: para que él me explicara lo que no entendía) y me pareció que no andaba muy bien. Un poco deprimido. Aunque no le gusta admitirlo, Sherlock sufre de abruptos cambios de ánimo con cierta frecuencia. Yo ya lo conozco bastante como para darme cuenta cuando está en uno de esos días grises en que lo invaden el malhumor y la melancolía. Tengo mi propia teoría sobre esos vaivenes: creo que son una consecuencia de la presión que sufre por vivir ocultando quién es en verdad. Porque Sherlock solo es Sherlock unas pocas horas por día y, a veces, ni siquiera eso. El resto del tiempo es Francisco Méndez, tal como aparece en sus documentos: un chico que está terminando el secundario aunque solo tiene quince años, que es buen alumno pero no se destaca en la escuela, que pocas veces habla y casi nunca participa en actividades grupales. Es decir, un chico del montón en el que sus compañeros o profesores se fijan rara vez y solo para señalar su extravagancia. Que tiene pocos amigos. Mejor dicho, que tiene un solo amigo: yo.

A veces extraño la época en que Sherlock se mostraba abiertamente tal cual es, con toda su inteligencia y su brillo. Pero fue él quien decidió transformarse y no puedo culparlo: ser un chico genio le resultaba insoportable. Lo decidió después de participar en ese infernal concurso televisivo de preguntas y respuestas que lo volvió famoso, hizo
10 que la gente lo señalara por la calle y le pidiera autógrafos. Algunos hasta querían tocarlo, como si fuera un perro. Algo francamente desagradable.

Cuando años después optó por cambiarse de colegio y hacerse invisible a los demás —es decir, modificar un poco su aspecto y negar cualquier relación con aquel chico de la televisión—, me arrastró con él. Y allá fue el fiel Watson. No sé bien por qué lo seguí, quizá fue simplemente que no pude decirle que no. Supongo que yo también siento que nuestros caminos están unidos desde los tiempos del concurso, cuando lo ayudaba a prepararse para responder sobre el detective. Así fue que recibimos los apodos de Sherlock y Watson. Porque de eso se trata todo, por si alguien aún no lo sabe: mi amigo es un obsesivo, neurótico, genial experto en Sherlock Holmes. Probablemente el mayor experto en el mundo.

Pero volvamos a aquel lunes. Veníamos de la panadería con la docena de sándwiches de miga que nos había encargado su madre, cuando le pregunté qué le pasaba.

—Estoy aburrido, Watson, mortalmente aburrido. Quisiera que pasara algo que me trajera un poco de movimiento a la vida.

—El sábado hay fiesta en lo de Natalia —le dije—. Invitó a todo el curso. 11

Por supuesto, fue un comentario estúpido. Yo sabía que eso no producía en él ningún tipo de excitación. Suspiró.

—“Una de esas molestas convocatorias sociales que lo obligan a uno a aburrirse o a mentir”.

—¿Eso es una cita de Holmes?

—Sí, de *El aristócrata solterón*.

—Solterón te vas a quedar vos, Sherlock, si seguís así. ¿No te parece que existe una posibilidad, digamos al menos una leve posibilidad, de que vayas a una fiesta y te diviertas como cualquier persona?

—No. Pero no te preocupes, Watson, sé que vos estás muy entusiasmado. Hasta fuiste a cortarte el pelo y lograste que tu madre no te acompañara.

—¿Qué?

Me llevé la mano a la cabeza instintivamente, tocando mi pelo recién cortado. No le había dicho nada sobre eso. Sonrió complacido: si hay algo que le gusta es sorprenderme una y otra vez con sus deducciones.

12 —Por supuesto me di cuenta de que te cortaste el pelo: unos dos centímetros, diría. Cuando vas con tu madre te cortan un poco más: tres o cuatro centímetros. Supongo que ella quiere sacarle el jugo a la visita a la peluquería, pero a vos te parece exagerado y durante un tiempo te mirás con irritación en el espejo. Esta vez el corte fue mucho más discreto: es obvio que negociaste por tu cuenta. ¿Acerté?

—Ajá —admití algo molesto—. Fui ayer.

—Y la chica en cuestión es Martina. ¿O me equivoco?

—¿Qué chica?

—Watson —me miró divertido mientras sacaba la llave para abrir la puerta de su edificio—, no vas a pensar que no me di cuenta de que te gusta esa...

Fue la imagen de una mujer parada junto al ascensor lo que nos interrumpió. Era Aurora, la portera, y tenía la cara desencajada.

—Aurora, ¿le pasa...?

Ella no lo dejó terminar.

—¡Querido! Qué suerte que te encuentro. Necesito que me ayudes.

—¿Qué pasó? ¿Las cucarachas?

—No, nada que ver. Es algo que vi en el séptimo B. Algo que me dejó muy asustada.

En ese momento me miró con recelo, como invitándome a dejarlos solos. Me molestó, porque me había visto un millón de veces antes. ¿A qué venía ahora la desconfianza? Sherlock hizo un gesto tranquilizador.

13

—Arturo es mi amigo —dijo—. Hable tranquila.

—Bueno. La cosa es así. No sé si sabías que los Rodríguez están de viaje. Paulita, la hija, se quedó, pero como este fin de semana iba a estar en una quinta me pidió que pasara a darle comida al gato. Hace un rato pasé y toqué el timbre, para saber si había vuelto. Como no contestó nadie, abrí con mi llave y vi... lo que vi me paralizó.

—¿Qué?!

A Sherlock le había cambiado la cara por completo. El tedio que mostraba diez minutos antes había desaparecido y ahora lo devoraba la

expectativa. Creo que esperaba como mínimo un cadáver.

—Un revólver —dijo Aurora y la decepción de mi amigo fue palpable.

—¿Un revólver? ¿Dónde?

14 —Sobre la mesa. Yo me asusté y llamé en voz alta: “¡Paulita!”. Pero no hubo respuesta. Entonces me asusté más todavía: ¿y si la persona que había dejado eso todavía andaba por ahí? ¿Si era un asesino o un ladrón?

—¿Y qué hizo?

—Me fui corriendo, por supuesto. Pero me pregunto si no tendría que llamar a la policía. ¿Qué hago? Sé que vos podés ayudarme: por algo sos Sherlock.

Acá debería aclarar algo sobre el pasado de mi amigo. Su pasión por las investigaciones criminales lo llevó tiempo atrás a meter la nariz en una serie de asesinatos. Aunque su intervención fue decisiva, no se difundió públicamente su nombre: como era menor de edad, un juez prohibió que los medios lo diesen a conocer. Para su inmensa alegría (odia la notoriedad más que nada en el mundo) solo dijeron que era un adolescente apodado

Sherlock quien había descubierto la verdad. Y, sin embargo, en su edificio todos parecen saber cómo fueron las cosas, un asunto que, hasta yo me doy cuenta, apunta sin lugar a duda a la enorme boca de su madre, incapaz de guardar silencio sobre cualquier cosa que lo afecte a él. Pero como han sido advertidos, todos fingen que no lo saben y Sherlock finge que no sabe que ellos saben. Eso sucede la mayor parte del tiempo. Salvo en situaciones como esta, en que Aurora estaba claramente desbordada por los nervios.

—Me pongo en tus manos —insistió.

No creo que a él le entusiasmara tener a la señora en sus manos, pero era evidente que sí le entusiasmaba meterse en el asunto.

—Por supuesto —respondió—. Lo primero que tenemos que hacer es examinar el departamento. Y entonces vamos a poder decidir a quién llamamos.

—Está bien —dijo ella—. Sabía que podía confiar en vos.

Sherlock llamó el ascensor y se preparó para entrar en acción. Lo primero que hizo fue encajarme a mí el paquete que llevaba. Así eran las cosas: